

DEL ARCA VIEJA DE LOS RECUERDOS.

LA APACIBLE Y MISTERIOSA POESIA DE LOS CONVENTOS. — EL MONASTERIO DE SANTA TERESA. — UN PRELADO QUE CONVERTIA LAS LIMOSNAS EN PIEDRAS

Dm. 1930631

¡Poesía recoleta y mística de los antiguos y seculares conventos, donde se buscan la difícil quietud del espíritu y el paso tranquilo y seguro hacia aquella región a donde no ha llegado en cuerpo ningún audaz explorador humano y de donde no ha vuelto ningún mortal! ¡Celda escondida donde se recoge solitaria la meditación, y se alza sin ruido de pasiones, sin aturdimiento de ansias y sin polvo de pecado la oración! ¡Claustros silenciosos por donde tantas veces ha desfilado, casi sin pisar las losas, como si quisiera elevar el vuelo, la albura de las tocas monjiles o la ascética severidad de las capuchas! ¡Devotos templos, ante cuyo altar se despojan 'as vírgenes prudentes de las trenzas de sus cabellos y de toda flor de carne para ofrendar en sus nupcias místicas al Esposo, la perenne flor de su virginidad! ¡Viejos y venerandos conventos de Santa Clara, de Santa Catalina, de Santa Teresa, arcas inmensas de serenos y apacibles recuerdos, limpios de todo empañamiento de mundanidad y aromados de la poesía de lo supratereño, de lo misterioso, de lo eterno!

Estos recuerdos son los que ha recogido nuestro compañero Fernando López Ortíz en las fotografías que publicamos en esta página y que obtuvieron medalla de oro en la Exposición de Sevilla.

Esos claustros, esas celdas, ese templo, esos arcos, esos paredones del convento de Santa Teresa, están llenos de la memoria y del nombre del prelado quizás más benemérito de la Habana colonial, de uno de los más esclarecidos y virtuosos varones que España mandó a Cuba; del Dr. Diego Evelino Véliz de Compostela.

Hay hombres que por la condensación y multiplicidad de sus energías, y por lo vasto y denso de su labor, parecen naciones o estados; orientadores y reformadores de pueblos; hacedores de costumbres y caracteres a su imagen y semejanza; fundadores de instituciones; sembradores de caridad, de beneficencia y de amor. Tal el Obispo Evelino Véliz de Compostela. Diecisiete años, (1687-1704), de estancia en Cuba. Diecisiete años que por el número y la grandeza de sus obras y empresas parecen un siglo. Dejó pedazos de su alma—era de aquellas almas que según la Biblia son buenas porque nacieron buenas— en la Casa-Cuna por él levantada en 1687; en la nueva catedral por él bendecida; en el Colegio de San Francisco de Sales, para niñas; en el Seminario para doce varones, por él instituido; en la Convales-

cencia de Belén en la Huerta de San Diego, propiedad suya; en las Iglesias de «El Ángel», «Santo Cristo», «San Ignacio de Loyola», «San Felipe Neri» y de Jesús del Monte; en el Hospicio de San Isidro; la Ermita de Nuestra Señora de Regla; en los monasterios de recoletas de Santa Catalina y de Carmelitas de Santa Clara. Fuera de la Habana —el espíritu y el cuerpo del Obispo Compostela se ensanchaban por toda la Isla— surgieron a la taumaturgia de su apostólico dinamismo las Iglesias de Santiago de las Vegas, San Miguel del Padrón, Río Blanco, Guamacaro, Macurijes, Santa Cruz, San Basilio, Consolación, Güines, Batabanó, Guane y Pinar del Río, y las Ermitas de la Soledad, en Puerto Príncipe, y de Caney, Santo del Prado y Jiguaní, en la provincia de Santiago de Cuba.

Una de esas frases del pueblo —tan ceteras en su honda síntesis— condensa bien esta milagrería de las incontables empresas del magno prelado: «Dios convierte las piedras en limosnas y Compostela las limosnas en piedras».

Y aún le quedaba lugar para el evangelio de la enseñanza pública, que cuando él llegó a Cuba estaba en sus rudos balbuceos; y para enviar a la Florida, cuya mitra llevaba también, misiones de cristianismo, de amor y de civilización. Y aún le quedaba lugar para ir amoldando al clero a su ejemplo a fuerza de sonriente bondad y paterna dulzura. Su cuerpo no conocía el regalo. Ni las volantas ni los quitrines se habían hecho para él. Andaba siempre a pie. La gula no profanó nunca su mesa. Le bastaba el pan cotidiano: una comida sobria y parca al día. La codicia no escondió jamás su arca. Su hacienda, sin rentas ni sinecuras, se deshacía en limosnas y en obras piadosas. Así, con la fuerza de estas armas consiguió que se dijese de él: «Omnia quaecumque voluit fecit». «Hizo todo lo que quiso».

Así, entre las bendiciones del pueblo que deseaba tropezar con él, porque consideraba su presencia como augurio de buena suerte, pasó por la historia de Cuba aquel ejemplar de cristianos y de prelados de quien dijo un historiador: «Compostela, Valdés y Espada han sido los tres jefes de la Iglesia cubana que más han hecho en favor de ella y del país y sus nombres pasaron rodeados de gloria».

Muerto el «Obispo Santo» —así lo llamaban— el alma entera de la ciudad desgajada en incontable muchedumbre rodeó su cadáver. Y el General Jefe de la Guarnición de la Habana se vió obligado a enviar tropas para cuidar su cuerpo, porque el pueblo quería despedazar sus vestiduras y distribuirlas como piadosas reliquias. La gratitud y la devoción de las monjas del convento de Santa Teresa, reclamaron sus despojos mortales pa-

Handwritten mark resembling a stylized 'Z' or '7'.

Handwritten number '2'.

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

ra enterrarlos en la Iglesia que él había erigido y cuidado tan amorosamente. Allí, entre el altar de Santa Teresa y el púlpito, se abrió el sepulcro y se levantó una lápida en que se lee la siguiente inscripción:

D. O. M.

Didacus Evelino de Compostella Episcopus Cubensis, adhuc vivens mortis horam, diem novissimum et aeternos in mente habens, in templo isto monialium Sanctae a se constructo, inter ipsa carmelilia et virgineos choro, hoc sibi paravit honorabile sepulcrum.

«Diego Evelino de Compostela, Obispo de Cuba, pensó siempre en la hora final y durante las de su vida eligió en esta Iglesia de las monjas de Santa Teresa, por él construida, esta veneranda sepultura envuelta en el sagrado ritmo de los virgineos coros».

Siglos después, construido el nuevo convento de las Madres Carmelitas, en el Vedado, trasladáronse allí solemnemente el día 9 de Enero de 1928 los restos mortales del Obispo de Compostela y a los sonos de un Te-Deum quedaron depositados dentro del Altar Mayor.

El alma buscó las cumbres soberanas a donde sólo alcanza la virtud. Su recuerdo flota perenne en todas las empresas y hazañas que realizó.

Handwritten signature and date: *Diego Evelino de Compostela*, 1930

Faint, illegible text on the left side of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

Faint, illegible text on the right side of the page, possibly bleed-through from the reverse side.